

¿Aún enseñamos antijudaísmo? Reflexiones y pautas pedagógicas para evitar prejuicios en la enseñanza religiosa escolar

José María Pérez-Soba Díez del Corral *

*«Quien se encuentra con Jesucristo,
se encuentra con el Judaísmo».*
(Discurso de Juan Pablo II a los representantes
de la comunidad judía de Maguncia!)

RESUMEN

Este artículo recuerda la importancia de evitar que la presentación de la figura de Jesús en la Enseñanza Religiosa Escolar (ERE) o en otros ámbitos, esconda prejuicios antijudíos, aún de forma inconsciente. Señala algunos errores pedagógicos que pueden obviar el judaísmo de Jesús, que oponen sin matices su figura al judaísmo de su época o que valoran el judaísmo actual como una religión caduca o esclerotizada. Además, señala una serie de pautas para una presentación de Jesucristo y del judaísmo en la ERE que permita avanzar en la superación de viejos recelos e incomprensiones.

Palabras clave: Religión; Judaísmo; Jesús; pedagogía; diálogo interreligioso; enseñanza religiosa escolar.

ABSTRACT

This article reminds the reader of the importance of avoiding that the introduction to the figure of Jesus would hide anti-Jewish prejudices, even in an unconscious way, in the School Religious Education (ERE) or any other fields. It also points out some pedagogic mistakes which may obviate Jesus' Jewishness, oppose Jesus to the Judaism of His age without any shade, or value present-day Judaism as an outdated or sluggish religion. Besides, this article shows a series of guidelines to introduce the ERE pupils to Jesus Christ in such a way as to make progress with the overcoming of old suspicions and lack of understanding.

Key words: Judaism, Jesus, pedagogy, inter-religious dialogue, religious studies.

1. ¿Aún mantenemos estereotipos?

1946. Un grupo de teólogos cristianos, reformados y católicos, espantados ante la monstruosidad inhumana de la Shoah² (el exterminio nazi), se reúne en Seelisburg (Suiza) y escribe un manifiesto de diez puntos que intenta concienciar a los cristianos sobre el antijudaísmo que, a través de homilías, clases y catequesis, había creado el ambiente en el que creció el antisemitismo nazi³.

1960. Vísperas del Concilio Vaticano II. Jules Isaac, un judío francés, experto en pedagogía de la Historia, pide audiencia a Juan XXIII para mostrarle su inquietud por el antijudaísmo aún presente en la Iglesia católica (Mary, 1986). El papa Roncalli promueve que el concilio redacte una declaración que acabe con cualquier actitud católica contraria a la religión judía. Pese a serias dificultades, la Declaración *Nostra Aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las otras religiones, vio la luz.

Alentado por ese nuevo espíritu nacerá en 1971 la ‘Comisión para las relaciones con el judaísmo’ de la Santa Sede, organismo encargado de profundizar en el diálogo iniciado en la *Nostra Aetate*. Este organismo vaticano ha publicado una serie de textos que marcan las pautas básicas para superar el tradicional enfrentamiento con el judaísmo (Lustiger, 2003, 237-242). Dos de ellos afrontan, directamente, la necesidad de reformar la enseñanza religiosa, la homilética y la catequesis para evitar que en estos ámbitos se deslicen afirmaciones y enseñanzas que favorezcan el antijudaísmo: «Orientaciones y sugerencias para la aplicación de la declaración conciliar ‘Nostra Aetate’» (1974) y «Notas para una correcta presentación de judíos y judaísmo en la predicación y la catequesis de la Iglesia católica» (1985).

Han pasado casi sesenta años de la reunión de Seelisburg; treinta desde *Nostra Aetate* y veinte desde las ‘Notas’ y sin embargo, todavía se encuentran expresiones en la clase de Religión (ERE) –y no sólo entre los alumnos- como las siguientes: ‘los judíos mataron a Jesús’, ‘los judíos de la época de Jesús eran –y aún lo son- unos legalistas absurdos’, ‘¡qué pena me dan los judíos, que se han quedado en el pasado!’, ‘los fariseos y los responsables de la religión judía eran unos hipócritas’...

Puede que, pese al tiempo transcurrido, haya algunos aspectos de nuestras clases de ERE que debemos revisar a la luz del magisterio, sobre todo al tratar la figura histórica de Jesús. Puede que, con la mejor voluntad, todavía estemos difundiendo estereotipos históricos y teológicos que nos hacen presentar el judaísmo antiguo y actual con tintes negativos. Y el magisterio, desde hace más de medio siglo, nos advierte contra ello.

2. Perspectiva.

Tradicionalmente se habla de dos puntos de vista desde los que afrontar la presentación de Cristo. Una de ellas es la llamada ‘cristología ascendente’ que, partiendo del Jesús de la historia y del testimonio de fe de los evangelios, proclama que Jesús es el Cristo. La otra, llamada por el contrario ‘descendente’, parte de la afirmación de la preexistencia del Hijo para reconocerlo en la vida, obra, muerte y resurrección de Jesucristo.

Ambas son válidas mientras sean capaces de mantener la dimensión divina-humana de Jesucristo, como proclama el concilio de Calcedonia y con él todas las grandes iglesias cristianas. Ahora bien, no es ningún misterio que, en nuestras aulas de ERE, dado el contexto secular que vivimos, la perspectiva más habitual sea la perspectiva ascendente. Por tanto, es muy frecuente empezar la presentación de la propuesta de Jesús presentando el mundo social y político en el que se movió, de manera que podamos comprender su vida y su mensaje.

Es en este momento cuando podemos caer en prejuicios antijudíos y estar tentados de repetir una serie de errores pedagógicos que minusvaloran el judaísmo. Y ello, en una doble dimensión:

- a) En la dimensión histórica: es importante que lo que digamos al presentar el mundo de Jesús sea verdadero históricamente, por cuanto nos permite comprender de forma adecuada el valor del mensaje de Jesús, el Cristo. Por supuesto en no pocos detalles no hay unanimidad entre los especialistas, pero sí hay bastante acuerdo en algunas líneas generales. Y una de ellas, quizá la más característica de la investigación desde los años ochenta, la llamada *third quest* (Aguirre, 1996), es la incorporación de Jesús al judaísmo de su época, tarea en la que no ha sido pequeña la aportación de historiadores judíos, muy comprometidos con el diálogo con el cristianismo (Flusser, 1995 y Vermes, 1977).
- b) En la dimensión teológica: las ‘Notas’ de la comisión vaticana para las relaciones con el judaísmo insisten en que la enseñanza religiosa no debe olvidar la valoración que la Iglesia actual hace del judaísmo, tanto antiguo como contemporáneo. Juan Pablo II, en un discurso a los delegados de las conferencias episcopales y otros expertos reunidos en Roma para estudiar las relaciones entre la Iglesia y el judaísmo dijo que «se debería llegar a que esta enseñanza (la católica), en los diversos niveles de formación religiosa, y en la catequesis impartida

a niños y adolescentes, presentara los judíos y el judaísmo, no sólo de manera honesta y objetiva, sin ningún prejuicio y sin ofender a nadie, sino mejor todavía con una conciencia viva de la herencia común a judíos y cristianos»(Comisión, 1985).

De hecho, cualquier presentación de Jesús que le aísle de su entorno histórico, como si no hubiera sido un auténtico judío de su época (con sus características propias, entre ellas los conflictos que suscitó), no toma en serio el dogma fundamental del cristianismo: la Encarnación (Comisión, 1985, 3, XII). En el fondo se pueden estar transmitiendo imágenes de Jesús de corte gnostizante, que no acaban de aceptar el escándalo del ‘Dios con nosotros’. Jesús no es, entonces, en verdad hombre, y, por tanto, miembro de una cultura y de un tiempo determinado, sino un ser ajeno a tiempo y espacio, es decir, ajeno a lo humano. Y como decía Ignacio de Antioquía, de camino a la muerte, y en controversia contra los grupos gnósticos, no se puede excluir de Jesucristo ‘que desciende de David y es hijo de María, que de verdad nació, comió y bebió; de verdad fue perseguido bajo Poncio Pilato; de verdad fue crucificado’ (Martín, 1991, 99).

Vamos pues a señalar algunas presentaciones de la figura de Jesús que es mejor evitar, por ser erróneas tanto históricamente como teológicamente, para después proponer algunas pautas sencillas para una presentación adecuada del judaísmo en nuestras clases de ERE.

3. Errores que es mejor evitar.

He hecho la prueba no pocas veces. Preguntas a los alumnos de secundaria quién mató a Jesús y siempre hay alguno, sino muchos, que afirman que fueron ‘los judíos’. Esta creencia ancestral es sumamente peligrosa. Es la raíz de la acusación de ‘pueblo deicida’ que justificó todo tipo de persecuciones antijudías en la historia de la Iglesia y que está detrás de la idea, todavía latente, del castigo divino sobre el pueblo judío, que le hace estar errante por el mundo (Wahle, 2000, 74 ss.).

Esta creencia puede crecer y nutrirse hoy al amparo de un error pedagógico y teológico. Para realzar la figura de Jesús, podemos desarraigarlo de su entorno y, siguiendo las pautas de héroe rebelde, enfrentarle contra todo lo que le rodea y obviar todo aquello que le muestra como lo que fue, un judío de su tiempo. De esta manera, Jesús se convierte un héroe ahistórico, caído del cielo, que rompe con toda la tradición judía (*su* tradición judía), que se presenta como alienante, legalista y opresora. Se hace una caricatura del judaísmo y por contraste, aparece creíble la figura de Jesús.

Para ello, tomamos como referencia expresiones críticas de los evangelios y de Pablo (sobre todo del evangelio de Juan), y convertimos a 'los judíos' en general, en los enemigos o por lo menos, en los contrarios a Jesús. ¿Quiénes son, entonces, los judíos actuales? Siendo benévolos, los descendientes de los oponentes de Jesús que se han quedado anclados en el pasado, como una reliquia (la idea de 'pecado de persistencia'). Y, siendo extremos, los hijos de los asesinos de Cristo.

Sea en la versión suave y todavía más en la extrema, nos encontramos en un grave error histórico y teológico.

1º Es cierto que los evangelios, sobre todo el de Juan, usan expresiones muy duras para referirse, a veces en general, a 'los judíos' (Grelot, 1995 y VV.AA., 2001). Ahora bien, si atendemos a la enseñanza de la Iglesia, que nos propone comprender los textos bíblicos desde el contexto histórico en el que fueron redactados⁴, hemos de comprender que esta oposición no muestra la realidad histórica de Jesús, sino los problemas de las primeras comunidades cristianas en el momento de redacción de los evangelios.

Esto es muy evidente al conocer las terribles tensiones vividas en la comunidad de Juan (Brown, 1991): expulsados de las sinagogas y a veces perseguidos (Vouga, 2001), la comunidad joánica redacta su evangelio en un estilo literario cuajado de dualismos (luz-oscuridad, virtud-pecado) en el que los cristianos se oponen, en general, a 'los judíos' que les han rechazado. Este tipo de lenguaje, de final del siglo I, inicios del II, no refleja el contexto histórico de Jesús, ni tiene intención alguna de hacerlo.

Como recuerdan las 'Notas', «ciertas polémicas (evangélicas) reflejan la condición de las relaciones entre judíos y cristianos, bien posteriores a Jesús. Esta comprobación es capital si se quiere recabar el sentido de algunos textos de los evangelios para los cristianos de hoy»(Comisión, 1985, 4, XXI).

2º Por ello, no podemos oponer a los judíos en general (ni al judaísmo) con Jesús, aunque resulte cómodo hacerlo. No es cierto ni histórica ni teológicamente. Jesús, María y José y todo el colegio de los Doce eran judíos de etnia y de religión (aunque nuestra iconografía 'blanquee' sus rasgos transformándolos de semitas en caucásicos). Y, aunque sea evidente, no olvidemos que María es santa desde y en su judaísmo, como San José, antes de oír la prédica de Jesús.

Por otro lado, no existe, ni en el siglo I ni ahora, ningún 'judaísmo' que oponer a Jesús, sino múltiples 'judaísmos' muy diferentes entre sí. El judaísmo de principios de nuestra era está dividido en facciones, es más, la mayoría de los judíos ni siquiera viven en el territorio tradicional de Israel. Valgan algunos ejemplos: algunos judíos, como Filón, aceptan la influencia helenístico-romana

para releer su judaísmo; otros la rechazan; algunos aceptan el Templo como centro del judaísmo; otros lo evitan como fuente de impureza (García Martínez y Treballe, 1993); unos creen en la resurrección de los muertos, otros no; algunos sólo aceptan la Ley escrita, otros además la oral. Como señalaba A. Chouraqui ‘el pretendido carácter monolítico del mundo judío forma parte de las cosas estereotipadas, de unos clichés a los que hay que renunciar por respeto a la verdad histórica’ (Danielou y Chouraqui, 1967, 44).

3º Jesús vive y respeta las convenciones judías básicas. Acude al Templo, aunque lo critique, que es más de lo que hacían los esenios; cumple las peregrinaciones a Jerusalén⁵ (Lc. 2, 41-50; Jn 2, 13; 7, 10); exhorta a cumplir la Ley (Mt. 5, 17); enseña en las sinagogas, etc...

Y, lógicamente, mantiene una relación diferente con los diferentes grupos de su judaísmo. Es característica suya la interpretación de la Ley de forma muy libre (como curar en sábado) pero no el único maestro partidario de ello. El Talmud ha hecho célebre la figura de Hillel, el maestro judío liberal por excelencia, que vivió poco antes de Jesús (Hadas-Lebel, 2002 y Glatzer, 1972). Hillel defiende planteamientos parecidos a los de Jesús, por ejemplo con respecto al sábado (es mejor salvar una vida que cumplir el sábado) o proclamando que el corazón de la Ley es la ‘Regla de oro’ moral: ‘haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti mismo’ (Wahle, 2000).

Por supuesto, también es verdad que otros maestros de la época son mucho más rígidos. Shammay, la antítesis de Hillel, es el paradigma de una lectura literal y del legalismo. De hecho, el debate entre interpretaciones ‘abiertas’ y ‘duras’ se convirtió en una tradición en el judaísmo talmúdico. Todavía hoy, la forma de familiarizarse con las tradiciones religiosas en las escuelas rabínicas es el debate (acalorado) entre interpretaciones distintas de las escrituras. No es extraño que el judaísmo actual, como siempre en la historia judía, sea plural, dividido entre reformados, conservadores y ortodoxos, con sus propias divisiones internas y con posiciones no pocas veces irreconciliables (Lenglet-Ajchenbaum y Ajchenbaum, 2000; Treballe, 1996). En este contexto, algunos de los debates, encendidos, de Jesús con algunos fariseos y doctores de la Ley son comprensibles en su contexto histórico.

También es verdad que Jesús y, con Él el cristianismo naciente, es diferente a los demás grupos religiosos, incluyendo a la escuela de Hillel, pero incluye aspectos de muchos de ellos. Es cierto que parece un maestro de la Ley y que debate como ellos, pero tiene posiciones únicas en cuestiones de pureza ritual y en la relación de los marginados con la Ley; acude al Templo y cumple los rituales religiosos, pero también un profeta que critica el poder religioso de los sacerdotes del Templo. Es un sanador itinerante, pero se diferencia de los

demás sanadores de su tiempo (como muestra el caso de Simón el mago). Asume el título de 'Padre' para relacionarse con Dios, pero privilegia la expresión 'Abba' como nunca antes. Tiene una dimensión de maestro de la Ley, de predicador itinerante, de sanador, de profeta, de mediador con el Padre....

Por eso, es mucho más acertado caracterizar a Jesús mostrando sus relaciones con las distintas tradiciones judías y luego apuntar la riqueza múltiple de su persona, que directamente excluirle de su tiempo y convertirle en un extraterrestre. La gran diferencia del cristianismo con el judaísmo no está en aislar a Jesús de su tiempo, sino en aceptar su pretensión mesiánica (judía) y seguir su propuesta de vida.

4º Como recuerdan los diez puntos de Seelisburg, los Doce eran judíos; sus amigos Lázaro, Marta y María eran judíos, la mujeres ante la cruz eran judías.... e interpretan su seguimiento de Jesús no como rechazo de su ser judíos, sino como plenitud de sus esperanzas como judíos. Por eso, tras la experiencia de la resurrección, los discípulos continúan acudiendo al Templo (Hch. 2, 46; 3,1; 21, 26). Incluso es posible que se hagan cargo de la experiencia de la resurrección de Cristo desde las esperanzas de grupos judíos contemporáneos (Knohl, 2004). Esto no significa, en modo alguno, que no estuviera ya clara en ellos la semilla de la diferencia: afirman que Jesús es el Cristo, y, desde allí, algunos grupos del cristianismo naciente se sienten libres de acoger a paganos sin que deban aceptar las tradiciones del culto judío (Küng, 1998, 304-307).

5º Los fariseos no fueron los enemigos de Jesús y, desde luego, no fueron necesariamente unos hipócritas legalistas. Esta verdad histórica contrasta con nuestra muy antigua costumbre de usar el término 'fariseo' de forma despectiva. El Diccionario de la Real Academia recoge tres acepciones de 'fariseo' y las tres son insultantes⁶. Pero no podemos seguir perpetuando una injusticia notoria que, además, hiere a los judíos de hoy, puesto que los fariseos fueron el origen de los actuales rabinos. Despreciar a todos los fariseos, sin más, es denigrar al judaísmo no sólo del siglo I, sino del siglo XXI.

Es cierto que el origen de este desprecio son las duras palabras que los evangelios recogen contra ellos. Pero, como hemos señalado ya, los debates, incluso acalorados, no son en absoluto extraños a la tradición judía. Es cierto que Jesús entra en conflicto –serio- con algunas de las corrientes fariseas, las más rígidas, sobre todo en cuestiones de pureza ritual. Pero también es verdad que está cercano a otras: algunos fariseos previenen a Jesús contra Herodes Antipas, le invitan a comer o son discípulos suyos (Theissen y Merz, 1999, 261). No pocas veces se ha señalado que los fariseos son el grupo religioso de la época de Jesús al que está más cercano. La misma Comisión de la Santa Sede afirma que «si Jesús se muestra severo con los fariseos, la razón es que, entre ellos y

«Él existe mayor proximidad que con los demás grupos judíos del mismo período» (Comisión, 1985, 3, XIX).

Por otro lado, no son extrañas las duras críticas de Jesús cuando el mismo Talmud, que nace de la tradición farisaica, recoge siete clases de fariseos y, de ellas, seis son negativas. Según el comentario babilónico al tratado *Sotá* de la Misná, existen: el fariseo-a-cuestas (lleva a cuentas sus buenas obras), el fariseo-espera-un-poco (ya empezará a hacerlas), el fariseo-con-contusiones (que golpea su cabeza contra la pared para no ver a una mujer), el fariseo-mano de almirez (humilde sólo de apariencia), el fariseo-contable (que lleva cuenta de sus bondades), el fariseo-temor (obedece la Ley por miedo a Dios) y, por fin, a la séptima, el fariseo-del-amor, que sigue la Ley por amor a Dios. Según el Talmud, sólo éste es el único verdadero fariseo. Estoy seguro de que Jesús firmaría esta clasificación, tan judía, del fariseísmo, y no se sentiría muy alejado del séptimo estilo (Küng, 1998, 315).

Por eso, es cierto que Jesús no es un fariseo y que sostiene posiciones inaceptables para ellos, sobre todo para los más rigurosos, pero también es cierto que tiene relaciones próximas con el ala más liberal (VVAA, 2001, 42) y que sus críticas morales no apuntaban al fariseísmo en sí, sino a algunos fariseos poco honorables. Por ello, podemos decir que ‘una presentación exclusivamente negativa de los fariseos corre el riesgo de ser inexacta e injusta»(Comisión, 1985, 3, XIX).

6º Desde luego, ni los Doce ni Lázaro, ni sus hermanas, ni María, ni la inmensa mayoría de los judíos de su época tuvieron nada que ver con la muerte de Jesús. Es más, históricamente, la mayor parte de los judíos de la época no conocieron a Jesús ni supieron de su muerte. Algunos autores han cifrado el número de judíos de la época en ocho millones, extendidos por todo el Imperio. Solo una mínima parte pudo saber de la existencia de Jesús y, desde luego, participar de su muerte.

El gran historiador judío del momento, Flavio Josefo, que recoge en dos de sus obras multitud de detalles de la vida judía del siglo I, sólo cita a Jesús de forma muy breve, si expurgamos sus textos de adiciones cristianas posteriores (Theissen y Merz, 1999). Jesús es mucho más conocido, por lógica, cuando tras la experiencia de la resurrección sus seguidores se multiplican y empiezan a formar grupos de cristianos, muy diferentes entre sí, que, en algunos casos, entrarán en conflicto con algunos de los grupos judíos (Stegemann y Stegemann, 2000).

¿Quiénes, entonces, matan a Jesús y por qué? La crítica histórica ha llegado a un cierto consenso en ese punto, aunque persistan largas discusiones en torno a los detalles de la Pasión. Jesús entra en conflicto sobre todo con la alianza que controlaba la sociedad de Jerusalén. El grupo religioso de los saduceos,

vinculado a las clases superiores judías y al sacerdocio del Templo, son los grandes opositores a Jesús. Son los guardias del Templo, los policías que controlan Jerusalén en nombre del Sumo Sacerdote, Caifás, los que apresan a Jesús, y, de haber habido algún juicio judío a Jesús, aunque fuera informal, no corrió a cargo del sanedrín, sino del Sumo Sacerdote (Theissen y Merz, 1999, 487 y ss; Marchadoun, 1998). Él será el que presente a Jesús a la autoridad romana. Resulta curioso el paralelo que existió con la muerte de su 'hermano' Santiago, el líder de la comunidad de Jerusalén, que será asesinado por otro Sumo Sacerdote, Anano el Joven, esta vez aprovechando un momentáneo vacío de poder en el gobierno romano (Flavio Josefo, 20, 199-203). Como señala Marcos, es la hierocracia de Jerusalén la que arresta a Jesús y le presenta al poder romano (Mc.14, 1).

En este tema es curioso cómo Pilatos ha pasado a la tradición como un hombre indeciso y escrupuloso. Según las fuentes de la época, en cambio, fue un autócrata cruel que no tenía el más mínimo reparo en emplear la fuerza y la cruz. De hecho, la causa más probable de su destitución fue su facilidad para organizar ejecuciones masivas por motivos leves (Flavio Josefo, 18, 88 y ss.). Filón de Alejandría, líder del exilio judío, partidario de mantener buenas relaciones con el poder, escribe una carta al emperador quejándose de 'los sobornos, los insultos, los robos, los atropellos y los daños sin motivo, las reiteradas ejecuciones sin juicio, la crueldad continua y sumamente severa' de nuestro 'dubitativo' Pilatos. Desde luego, para él crucificar a un predicador itinerante del que decían que se declaraba 'rey de los judíos' (mesías) y que carecía de ejército, no era algo que le quitara ni el sueño, ni más de tres minutos de su tiempo. Por eso no emprende ninguna persecución oficial contra los seguidores de ese 'rey' (Sanders, 2000, 297-8). Por eso, pese al olvido milenario, el que mató a Jesús fue Poncio Pilatos, sin lavamanos que valga. Puestos a generalizar, a Jesús lo mataron 'los romanos'.

En este punto se pueden aducir los textos evangélicos en los que aparece una multitud que, estando preso Jesús, clama por su muerte y por la liberación de Barrabás (Mt. 27, 15; Jn. 18, 39 y par.). Históricamente no hay ningún rasgo de la tradición, allí apuntada, de liberar a un preso por Pascua, pero, aún dando por histórico el dato, lo que es discutible⁷, como señalan las 'Notas': «El catecismo del concilio de Trento enseña que los cristianos que pecan son más culpables de la muerte de Cristo que los pocos judíos que en ella intervinieron; éstos, en efecto, 'no sabían lo que hacían' y nosotros, en cambio, lo sabemos demasiado bien» (Comisión, 1985, 5, XXII).

A Jesús le mató una conjura de los líderes del Templo, que encontraban en su mensaje un ataque a su control religioso del pueblo y a la legitimación, desde él, de su posición social y económica en la comunidad. Y no, desde luego, los 'judíos'.

4. Algunas reflexiones para tener en cuenta.

Desde lo dicho se pueden proponer algunas reflexiones:

- 1º** La Alianza de Dios con el pueblo de Israel no ha caducado. Como dijo Juan Pablo II en un famosísimo discurso en Maguncia, la alianza de Dios con el pueblo de Israel, ‘nunca ha sido derogada’. El judaísmo actual no está anclados en una relación con Dios antigua y decadente. Dios sigue fiel a su primera Alianza con Israel y sigue animando sus pasos (y sufriendo sus infidelidades). El pueblo judío, para el cristiano, sigue teniendo una misión única y propia en la historia de la salvación. Por ello, ‘la fe y la vida religiosa del pueblo judío, tal como se la profesa y practica hoy, puede ayudar a entender mejor determinados aspectos de la vida de la Iglesia’ (Comisión, 1985, 1, III). Somos ‘las ramas del olivo silvestre, injertado en el buen olivo (la Antigua Alianza) del que se nutre’ (Nostra Aetate, 4; Rom. 11, 17-24). Los judíos actuales, en cierta forma, son nuestros ‘hermanos mayores’⁸. Por ello no es posible presentar el judaísmo de forma caricaturesca o despectiva. Es más debemos conocerlo y darlo a conocer para comprender mejor nuestro propio cristianismo.

- 2º** No se pueden olvidar las diferencias que existen entre judaísmo y cristianismo. El cristianismo nace y se centra en el reconocimiento gozoso de Jesús de Nazaret como el Cristo y en el seguimiento de su propuesta de vida en relación con el Padre, que difiere de la tradición judía. Es importante no ir al otro extremo y, buscando la reconciliación, diluir la personalidad de cada una de las religiones en un irenismo falso y que traiciona a ambas. Sin embargo, también es importante que tengamos en cuenta las siguientes pautas pedagógicas, para evitar que reconocer la diferencia se convierta en perpetuar prejuicios:
 - a)** En nuestras clases de ERE no podemos separar de forma tajante el Antiguo y el Nuevo Testamento. Marción, un hereje que defendió esta ruptura desde presupuestos antijudíos, fue condenado ya en el siglo IIº. El Antiguo Testamento no es la escritura de la muerte y la oscuridad, ni el Dios revelado en la Historia de Israel es un Dios malvado y cruel, antagonista del Dios amor revelado en Jesucristo. Es necesario saber presentar adecuadamente el AT y mostrar la belleza de multitud de sus textos (Cantar de los Cantares, Oseas, Isaías, Salmos, Ruth, Jonás...) y saber leer otros textos, difíciles para nuestra sensibilidad actual, situándolos en su género literario y en su contexto histórico, conscientes de la pedagogía de Dios en cada momento de la historia. Esto implica un cierto dominio del Antiguo Testamento y de su exégesis, que parece algo imprescindible en el momento actual para todo profesor de ERE.

b) Es fundamental mostrar el mensaje de Jesús enlazado con la tradición veterotestamentaria y en su contexto judío:

- Se puede mostrar cómo el uso de parábolas es una forma de predicación presente en el AT y que recogen también los fariseos (y luego los rabinos).
- Se puede reconocer el signo del banquete y las bodas como fruto del AT y el judaísmo del siglo I. Allí podemos encontrar cauce para explicar los símbolos de la Eucaristía, memorial de la Pascua (Jeremías, 2003). Puede ser muy enriquecedor señalar la presencia de signos judíos en nuestra vida cristiana (y laica) actual: comprender el origen del siete en la semana y en tantos otros aspectos de la vida (el siete significa la plenitud); el tener un día festivo, el sábado como origen de nuestro domingo y su sentido religioso –hoy bastante perdido en nuestro cristianismo habitual–; la fiesta de Pascua (*pesaj*) como inspiración de nuestra Semana Santa....

Se puede, por ejemplo, señalar la gran cantidad de nombres judíos que usamos en castellano y qué significan o quiénes fueron los personajes que se llamaron así, como Miguel (¿quién como Dios?), Rafael (Dios cura), o Raquel, Ruth, Juan, Miriam, etc...

- Podemos destacar detalles de la tradición judía en textos de Jesús. Un ejemplo muy curioso nos puede valer: en el relato de la hemorroísa de Marcos (Mc. 5,28) se dice que la enferma tocó el manto de Jesús. Algunos autores nos señalan cómo es posible que ese ‘manto’ sea el pañuelo de oración de los judíos piadosos, que suelen llevar enrollado en la cintura cuando no lo usan. Por tanto, algunas de las borlas que penden de él suelen estar a mano para que alguien las toque sin que la persona se dé cuenta. O comprender el episodio de la expulsión de los mercaderes del Templo (que suele crear cierto embarazo, porque Jesús se muestra expeditivo) relacionándolo con el episodio de Jeremías en el que éste no deja que el pueblo entre al Templo porque lo quieren usar para lavar sus conciencias y seguir robando y cometiendo injusticias con los pobres; es decir, como ‘cueva de ladrones’ (Jr. 7, 11).

Es cierto que nuestra lectura de los mismos textos veterotestamentarios difiere de la tradición judía (Pontificia comisión bíblica, 2002), pero también es verdad que nos es imposible comprender la Historia de la salvación que culmina en

Jesús el Cristo sin el AT. Incluso como señalan las ‘Notas’ ‘los cristianos pueden a su vez aprovechar con discernimiento de las tradiciones de la lectura judía’(Comisión, 1985, 2, VII).

- c) Es muy importante recordar en nuestras clases, sea presentando el judaísmo, sea hablando del antiguo Israel, la tragedia de la Shoah. No podemos olvidar ese auténtico símbolo de la fuerza del mal; debemos reflexionar sobre las causas de tal aberración, sin olvidar el papel del secular antijudaísmo cristiano. Es necesario ayudar a comprender a nuestros alumnos el significado para los judíos de esta catástrofe (Comisión, 1985, 6, XXV) y, así, ser conscientes de que «recordar ese terrible drama significa tomar plena conciencia de la saludable advertencia que implica: a las semillas podridas del antijudaísmo y del antisemitismo jamás se les debe permitir echar raíces en ningún corazón humano» (Comisión, 1998, c. V).
- d) Como señalábamos antes, para comprender en profundidad el cristianismo es necesario mostrar el judaísmo. Y, al hacerlo, conviene no olvidar:
- Desde luego, hablar de los judíos y hablar de la forma más objetiva posible. La ‘Orientación’ insistía en 1974 en ‘la formación de los profesores y de los educadores en las escuelas, así como en los seminarios y las universidades’ en judaísmo (Comisión, 1974, 3). No es un tema más, que se puede obviar.
 - Que el judaísmo moderno es muy plural. Aunque sean muy llamativos, no todos los judíos son ultraortodoxos. Existen otras dos grandes ramas del judaísmo, los llamados judíos liberales y conservadores, que, por ejemplo, admiten rabinas y no cumplen los preceptos con el rigor extremo de los ultraortodoxos. Ni siquiera entre la rama ortodoxa del judaísmo todos están de acuerdo en las mismas cuestiones.
 - Que el judaísmo comprende el seguimiento de la Ley (Torah) no como una atadura, sino un camino para seguir la voluntad de Dios¹⁰. No se puede presentar una religión no cristiana en la ERE sin intentar comprender su entraña religiosa. No olvidemos que, según Juan Pablo II:

«la presencia y la actividad del espíritu no afectan únicamente a los individuos, sino también a la sociedad, a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones. (...). Las otras religiones constituyen un desafío positivo

para la Iglesia de hoy; en efecto, la estimulan tanto a descubrir y a conocer los signos de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu, como a profundizar la propia identidad y a testimoniar la integridad de la revelación, de la que es depositaria para el bien de todos.» (Redemptoris Missio, 28 y 55).

Presentar una religión sólo presentando aspectos superficiales o accesorios de ella, sin comprender la fuerza religiosa que la anima, es impedir a los cristianos reconocer la fuerza del Espíritu que está presente en esa religión.

- Que el judaísmo actual sigue vinculado de forma especial al cristianismo (nuestros ‘hermanos mayores’), en su misma entraña. No es posible meditar sobre la misma existencia de la Iglesia sin recordar, como señalaba la declaración *Nostra Aetate*, ‘el vínculo con que el pueblo del Nuevo Testamento está espiritualmente unido con la raza de Abraham’ (*Nostra Aetate*, 4).
- Que también hay personas y grupos judíos que reconocen la nueva actitud cristiana y agradecen esta relación especial. Un buen ejemplo es la declaración *Dabru Emet* (Decid la Verdad) firmada por un grupo significativo de estudiosos judíos norteamericanos.

«En los últimos años se produjo un cambio espectacular y sin precedentes en las relaciones entre judíos y cristianos... Creemos que esos cambios merecen una respuesta meditada por parte de los judíos... creemos que ha llegado el momento de que los judíos reconozcan los esfuerzos que hacen los cristianos por valorar al judaísmo» (Nacional Jewish Scholars Project, 2002,1).
- Que las políticas concretas de cada gobierno concreto del Estado de Israel no deben confundirse con la religión judía en sí. El Vaticano ha reconocido de hecho al Estado de Israel firmando un Acuerdo Básico con él en 1993, superando anteriores posiciones (Gil, E. y Corral, C., 2001). Esto no es contradictorio con que se pida que los conflictos abiertos en Tierra Santa se resuelvan según los cauces del Derecho Internacional.
- Enseñar la aportación judía a la historia de España en medicina, literatura, filosofía y muchos otros campos (Gonzalo, 2001) y presentar, aunque sea de forma breve, la historia de los judíos sefardíes y cómo asumen su identidad centrada en Sefarad

(España) pese a un exilio de medio milenio, forzado en nombre del cristianismo (Romero y Macías, 2005).

- Mostrar las raíces históricas del antisemitismo y sus derivaciones, para reconocer sus posibles brotes, aun cuando aparezcan camuflados. Es sumamente curioso y terrible el caso de la pretendida ‘conjura judía’, idea que todavía ronda por nuestra sociedad (Cohn, 1995). La historia de los llamados ‘Protocolos de los sabios de Sión’¹¹ es un ejemplo de la manipulación del odio antisemita para conseguir fines políticos interesados. La última novela gráfica del maestro del cómic, Will Eisner, recientemente fallecido, se centra en este grotesco episodio del odio humano y puede ser de utilidad en la escuela (Eisner, 2005).

Por todo ello, el reciente encuentro de nuestro pontífice, Benedicto XVI, con representantes de la comunidad judía alemana no es una estrategia publicitaria, ni un acto moral apoyando la tolerancia religiosa. En un hombre que ha vivido con intensidad el diálogo judío-cristiano en anteriores cargos, es un acto de reconocimiento de la relación única que la Iglesia mantiene, por voluntad de Dios, con el judaísmo. A los docentes de ERE nos toca traducir sus gestos en una enseñanza que haga justicia a nuestros ‘hermanos mayores’.

‘*Baruch ha-ba be-Shem Adonay*’ (‘Bendito el que viene en nombre del Señor’) Sal. 119, 26

–Saludo de Juan Pablo II en el 25 aniversario de la declaración *Nostra Aetate*–

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE, R. (1996): *Aproximación actual al Jesús de la Historia*. Bilbao, Desclée de Brouwer.

BROWN, R. (1991): *La comunidad del discípulo amado*. Salamanca, Sígueme.

COHEN, A. (1992): *La Shoah*. Bilbao, Desclée de Brouwer.

COHN, N. (1995): *El mito de la conspiración judía mundial*. Madrid, Alianza.

COMISIÓN EPISCOPAL DE RELACIONES INTERCONFESIONALES (1993): *Cristianos y judíos por los caminos del diálogo*. Madrid. Conferencia Episcopal.

COMISIÓN PARA LAS RELACIONES CON EL JUDAÍSMO (1974): *Orientaciones y sugerencias para la aplicación de la declaración conciliar ‘Nostra Aetate’*. Ciudad del Vaticano.

COMISIÓN PARA LAS RELACIONES CON EL JUDAÍSMO (1985): *Notas para una*

correcta presentación de judíos y judaísmo en la predicación y la catequesis de la Iglesia católica. Ciudad del Vaticano.

COMISIÓN PARA LAS RELACIONES CON EL JUDAÍSMO (1998): *Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah.* Ciudad del Vaticano.

DANIELOU, J. y CHOURAQUI, A. (1967): *Diálogo sobre los judíos*, Burgos, Aldecoa.

EISNER, W. (2005): *La conspiración. La historia secreta de los Protocolos de los sabios de Sión.* Barcelona, Norma Editorial.

FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías.*

GARCÍA MARTÍNEZ, F. y TREBOLLE, J. (1993): *Los hombres de Qumrán. Literatura, estructura social y concepciones religiosas.* Madrid, Trotta.

GIL, E. y CORRAL, C. (eds.) (2001): *Del desencuentro a la comprensión. Israel-Jerusalén-Iglesia católica.* Madrid, Editorial Universidad Comillas.

GLATZER, N. (1972): *Hillel el Sabio.* Buenos Aires, Paidós.

GONZALO MAESO, D. (2001): *El legado del judaísmo español.* Madrid, Trotta.

GRELOT, P. (1995): *Les juifs dans l'évangile de Jean. Enquête historique et réflexions théologiques.* París, Gabalda.

HADAS-LEBEL, M. (2002): *Hillel. Maestro della legge al tempo di Gesù.* Casale de Monferrato, Portalupi.

JEREMÍAS, J. (2003), *La Última Cena.* Madrid, Cristiandad.

KNOHL, I. (2004): *El Mesías antes de Jesús.* Madrid, Trotta.

KÜNG, H. (1998): *El Judaísmo. Pasado, presente, futuro.* Madrid Trotta.

LENGLET-AJCHENBAUM, J. y AJCHENBAUM, Y. M. (2000): *Les judaïsmes.* París, Gallimard.

LUSTIGER, J. (2003): *La promesa.* Madrid, Cristiandad.

MARCHADOUN, A. (ed.) (1998): *Procès de Jésus, procès des Juifs?* París, Cerf.

MARTÍN, T. (1999): *Textos cristianos primitivos.* Salamanca, Sígueme.

MARY, E. (1986): *La aportación de un judío a la Iglesia.* Barcelona, Riopiedras.

NATIONAL JEWISH SCHOLARS PROJECT (2002): *Dabru Emet.* Institute for Christian and Jewish Studies, Baltimore.

PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA (1993): *La interpretación de la Biblia en la Iglesia.* Ciudad del Vaticano.

- PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA (2002): *El pueblo judío y sus escrituras sagradas en la Biblia cristiana*. Ciudad del Vaticano.
- ROMERO, E. y MACÍAS, U. (2005): *Los judíos de Europa*. Madrid, Alianza.
- SANDERS, E. P. (2000): *La figura histórica de Jesús*. Estella, Verbo Divina.
- STEGEMANN, E. W. y STEGEMANN, W. (2000): *Historia social del cristianismo primitivo*. Estella, Verbo Divino.
- THEISSEN, G y MERZ, A. (1999): *El Jesús histórico*. Salamanca, Sígueme.
- TREBOLLE, J. (1996): *El judaísmo moderno*. Madrid, SM.
- V.V.A.A. (2001): *¿Es antijudío el Nuevo Testamento?*. Estella, Verbo Divino.
- VATICANO II, *Nostra Aetate*.
- VOUGA, F. (2001): *Los primeros pasos del cristianismo*. Estella, Verbo Divino.
- WAHLE, H. (2000): *Ebrei e cristiani in dialogo*. Milán, Paoline.

¹ 17 de noviembre de 1980. Cita la Declaración sobre las Relaciones de la Iglesia con el Judaísmo de los obispos de la entonces República Federal Alemana. Juan Pablo II añade, a la cita «Querría hacer mía también esta expresión». Se puede leer en ‘Cristianos y judíos por los caminos del diálogo’ publicado por la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales.

² El término habitual entre nosotros de ‘Holocausto’ no es bien recibido en ambientes judíos. El término Holocausto es un término de origen religioso vinculado con los sacrificios en el Templo. Usarlo para referirse al exterminio nazi es equiparar en cierta medida lo que pasó a los sacrificios a Dios. Y eso es intolerable para la sensibilidad de muchos judíos. Por ello es más correcto usar el término judío ‘shoah’ (catástrofe) que individualiza el episodio y evita connotaciones de otro orden. Cf. A. Cohen, *La Shoah*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1992.

³ Algunos autores cristianos diferencian entre ‘antijudaísmo’ (la oposición y persecución de la religión judía) y antisemitismo (oposición y persecución del pueblo judío, practique la religión que practique, por su teórica ‘raza’). Sin embargo, como señalan autores judíos, ambas realidades están muy relacionadas.

⁴ Por lo menos desde la encíclica Providentissimus Deus de León XIII de 1893, pasando por la encíclica Divino Afflante Spiritu de Pío XII en 1943 y, desde luego, desde el documento de mayor relevancia, la Constitución Dogmática Dei Verbum del Vaticano II de 1965. Más recientemente es de sumo interés el documento de la Pontificia Comisión Bíblica ‘La Interpretación de la Biblia en la Iglesia’ de 1993.

⁵ El mismo evangelio de Juan, como recuerdan las notas, está estructurado en torno a las fiestas litúrgicas judías.

⁶ «1. Entre los judíos, miembro de una secta que afectaba rigor y austeridad, pero eludía los preceptos de la ley, y, sobre todo, su espíritu. 2. Hombre hipócrita. 3. Hombre alto, seco y de mala intención o catadura». DRAE, vigésima primera edición, 1992.

⁷ Este texto intentaría eximir de culpa a Roma en la muerte de Jesús, explicando su crucifixión, muerte decretada por el poder romano, como una imposición popular a Poncio Pilato, quien dubitativo, se habría 'lavado las manos' (rito judío de purificación), evitando así la culpa. Los evangelios se difundieron en el marco del Imperio y destacar que el Mesías Jesús había sido ejecutado por el poder romano no era, evidentemente, lo mejor para evitar persecuciones. Hay que comprender que el ambiente ya era muchas veces contrario al cristianismo naciente (no daban culto al emperador, no aceptaban costumbres sociales).

⁸ Expresión de Juan Pablo II en el Discurso a la comunidad judía en la sinagoga de Roma del 13 de abril de 1986.

⁹ Marción defendía que el Antiguo Testamento mostraba a un Dios malo, opositor al Dios del Nuevo Testamento. Sólo reconocía valor al evangelio de Lucas (el más helenista de los cuatro canónicos) y expurgado de lo que él consideraba excesivamente judío. Su doctrina, entre otros autores, fue respondida por San Ireneo de Lyon en su *Adversus haereses* donde se defendía la canonicidad de los cuatro evangelios y la unión entre Antiguo y Nuevo Testamento.

¹⁰ En una expresión muy aguda de E. Wiesel: 'Dios no nos dijo cómo era Él, no hizo teología, sino que nos dijo cómo debíamos vivir, nos dio una Ley'.

¹¹ 'Los protocolos de los sabios de Sión' es un escrito generado por los servicios secretos zaristas para culpar a los judíos de los males de Rusia. Así, el régimen zarista quería desviar el descontento popular y justificar, de paso, las frecuentes persecuciones y asesinatos de judíos que organizaba. El panfleto, plagiado y absolutamente falso, pretendían ser las actas de una conspiración secreta de los judíos para acabar con el occidente cristiano, monárquico y tradicional, manipulando todas las esferas sociales. Lo más grave es que se sigue editando hoy en día y que la idea de una 'conspiración judía' permanece en la mente de no pocas personas (Cohn, 1995).

* José María Pérez-Soba Díez del Corral
Profesor titular de la Escuela Universitaria «Cardenal Cisneros». Universidad de Alcalá.
asche@arrakis.es